

La casa de los sueños rotos

Alan DiVoga



Capítulo 1

LA CASA DE LOS SUEÑOS ROTOS

Estábamos cada uno de nosotros perdidos en los sueños que teníamos, con nuestros tragos individuales diciéndonos que hacer y en forzando nuestra mente a recordar. El mantel violeta sobre la mesa y el candelabro a doce velas sobre ella marcaban la pauta de la velada que vivíamos. Siete hombres en la casa nos encontrábamos, cada uno con sus respectivos sueños rotos, dispuestos a los demás como un juego de cartas que acabara de finalizar.

Nos conocíamos los unos a los otros, nos habíamos querido y confiado lo que sentíamos, y sin embargo ninguno mostraba la menor empatía por la persona a su lado. Nadie se molestaba en culparle, reprocharle o corregirle, no hubiera tenido caso, pues estábamos todo igual.

En la esquina del salón, tirado al suelo y tomado a la mano de su trago de vino se encontraba Sebastián Ahorco, el cantante de ópera que nunca triunfó. Se levantaba cada mañana y se duchaba, y les cantaba a los vecinos que escuchaban con atención como el pobre fracaso entonaba sus lamentos. Recordaba a cada trago la oportunidad que años antes se le hubiera de presentar, la oportunidad de cantar a un evento lejos de la ciudad, allá en donde la música se aprecia y no se le vende a cualquier persona de oídos sordos. Aquella oportunidad se le habría de escapar, pues amaba con locura en aquel entonces a su ahora esposa Lourden y ella le pidió que se quedara para así poder tener una romántica velada.

A Sebastián desde entonces ninguna otra oportunidad se le habría de presentar, y caería en el fuego de seguir algo que nunca alcanzó, sus sueños que terminaron por destrozarse y enterrarle en un juego de persecución. Y a su esposa y familia la desgracia pasó, pues con los años, los hijos que le habría de regalar no tendría ninguno el don de cantar, y habría más de uno que ya sería una rata, pero no podían encontrar la forma de devolverlos a la normalidad. Pero sus lamentos los escuchaban los vecinos, y se preguntaban todos juntos al despertar, por qué aquel auténtico músico nunca habría podido triunfar.

Al son de la música, al centro de la casa, bailaba Antonio Estrivá, el marinero que con sus versos quizá hubiera podido vivir. Desde joven Antonio tendría la afición y el talento de la poesía, pero fue construido por una sociedad a la que poco le importan las palabras bonitas si para ningún fin económico se pueden usar. Es por eso que, en vistas de la deshonra que presentaría para la familia su vida de escritor, se unió a la marina y ahí su talento tiró. Años en prácticas y en la mar le alejarían de las letras,

y su talento borraría en erosión el viento sobre su piel.

Ya marchito el pobre Estrivá, fue herido en su puesto, una mala broma del destino se habría de enredar en su pierna en forma de cuerda y se la habría de arrancar, de forma que aquella danza que en ese momento se aventaba al centro de la casa, no eran más que pasos tambaleantes y un golpeteo sobre el suelo repleto de malos augurios. Su pierna artificial es ahora lo que representa para él las malas decisiones que otros le habrían de tomar en su nombre y su poca iniciativa para evitar que aquello le pasara; un tullido fracasado con pata de palo, sin esposa y sin espíritu, y con un talento que jamás podría recuperar. Lloraba en soledad frente a su pierna, deseando convertirse en árbol y poder así crecer, algo que nunca había sentido Antonio en su vida.

Sentado frente a mí, divagando con las luces de las velas que rebotaban sobre su curtido rostro por desgracias, se tomaba en un vaso de cristal su whisky el señor Franco Altamirano. A Franco la gente le decía que tuvo una vida plena, dándole seis hijos a la mujer que amó y trabajando día a día en el taller de artesanías que sus padres le hubieran dejado, sudando cada figura que hiciera, controlando su mano temblante al pintar una jarra que acabara de cocer. El dinero no le faltaba, y sus hijos, que en su mayoría ya no vivían con él, podían estudiar ahí en donde quisieran. Pero a Franco nunca se le había preguntado sobre sus deseos, y había pasado la vida trabajando en el viejo taller de sus padres. ‘‘Yo saldría de esta ciudad’’ repetía a susurros cuando creía nadie le escuchaba. ‘‘Yo sería el mejor escultor de este país, si no tuviera que estar encerrado en aquel taller’’.

Es por eso que Franco vivía con sueños rotos, porque a pesar de que sentaba todas las mañanas y sonreía, no veía a nadie que le importara lo más mínimo como estaba. Años más tarde sería Franco Ariel, el hijo de aquel miserable señor quien se lamentara, pues no había podido salir de la ciudad a causa del taller de su papá, y jamás se podría convertir en el grandísimo pianista que podría haber sido.

A la otra esquina del taller se enfrentaban los hermanos Velázquez. Edmundo tomaba de su vaso un trago de ginebra mientras que Eduardo movía a círculos su caballito de tequila. Ambos se miraban odiándose, sabiendo que, aunque no fueran a hablar, ambos se decían mil palabras de odio por los ojos, o eso parecía querer que la gente creyera. Desde que nacieran. Los hermanos se odiarían a morir, siempre intentando el uno ser mejor que el otro. Cuando cumplieron seis años, Edmundo ya había aprendido a escribir, y fue así como Eduardo decidió aprender a leer. A los ocho, mientras Eduardo montaba en su bicicleta, Edmundo se balanceaba en monociclo por el parque de la ciudad. Su vida se limitaba a la superioridad de algún hermano, y excluían su progreso a la pelea por ser quién más lograra, o por lo menos eso aparentaban. La realidad era que ambos estaban exhaustos de pelear, y tenían sueños por separado que

esperaban ansiosos el ser cumplido.

Edmundo había deseado viajar por el mundo y ser explorador, encontrar cuevas y tesoros, lugares mágicos en donde reposar, vistas de las cuales él pudiera disfrutar; creía que si algún día pudiera, se convertiría en el hombre que descubriera una ciudad de oro, aquella bajo los pies del país, la cual descansa para él eternamente y la cual nunca encontraría. Por su parte, Eduardo deseaba ser explorador del exterior, ir al cielo lejos de aquel su país, encontrar estrellas y guardarlas, disfrutar del viento que haría por el negro espacio y la brisa que seguro encontraría en donde el sol brilla.

Eran miserables los hermanos Velázquez, pues ellos nadan sabían. Estaban condenados a jamás cumplir sus sueños por orgullo y odio, por no decir que uno perdió y porque jamás se rendirían ante su hermano mayor o menor. Así pasarían sus vidas, mirándose a un ojo con desprecio, atados por el destino que les vio nacer juntos, que les ató a una existencia de rivalidad, de ignorancia y por supuesto, de sueños rotos.

Frente a la mesa y frente a Franco se sentaba la última persona que verías ahí además de mí. El comandante Pablo Palacio bebía de su cerveza a tragos agigantados. No habría nada que decirle a aquel hombre, había peleado por su país en más de una ocasión y había estado al filo de la muerte en alguna otra. Seguía en la milicia que le mandaba lejos de casa y de su esposa, que le alejaba de su familia y le mantenía sin contacto. Había entrado hacía ya muchos años, cuando aún era joven y sentía con ferviente ardor el patriotismo, en las épocas en las que el bueno era el gobierno y no había discusión en aquello. Desde entonces había sido condenado y con él habían jugado, a paso lento le fueron ascendiendo; pero cuando llegó a ser lo que algún día soñó, aquel ya no era el país por el cual había sentido admiración.

Los colores de la bandera representaban para él lo que nunca se cumplió, su deseo por desechar lo que con un molde se esculpió y defecar sobre aquellos que se atrevieran a pedirle un día más, una orden más para el país, para la nación que ahora se hundía en un sinsentido de discusiones fuera de lo racional, y que daba órdenes para mantener el orden social que ya no se podía confirmar. Y a pesar de todo aquello, seguiría en la milicia, pues había nacido para aquello, y ahora mantenía una familia, y eso sí que no lo podía ignorar. El rojo por la deshonra, el blanco por la soledad y el verde para aquellos que se quieran revelar.

Todos en la casa eran miserables, con los sueños rotos, y mientras Sebastián Ahorco yacía en el suelo, Antonio Estrivá bailaba al compás, Franco y Pablo descansaban y los hermanos Velázquez se enfrentaban, yo veía todo aquello en la frialdad de la omnipresencia. Era yo el último de las personas con los sueños rotos. Pues ahí no había cumplido mi cometido, no había logrado que lo que amaba siguiera adelante y pudiera

con su vida, le había dejado ir, que se derrumbara, que me dejara y nunca más pensara en mí. Los veía, a veces me pedían, pero yo no era capaz de decirles una sola palabra de afecto, de animarlos como alguna vez se cuenta que lo hice. Y yo bebía un trago llamado soledad, pero lo bebía en la casa con la gente, y aquello era mejor que beberlo solo.

“La casa de los sueños rotos”

Terminada el 28 de septiembre de 2017.

Alan DiVoga.